



Revista de Ciencias Ambientales (Trop J Environ Sci). EISSN: 2215-3896.

1993. Vol 9(1): 126-137.

DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/rca.9-1.11>

URL: www.revistas.una.ac.cr/ambientales

EMAIL: revista.ambientales@una.cr

Rodia Romero Sepúlveda

Revista de CIENCIAS AMBIENTALES Tropical Journal of Environmental Sciences



El biologismo: ¿Ciencia ambiental o moral ecológica sustituta?

Biologism: Environmental science or ecological moral substitute?

Rodia Romero Sepúlveda



Los artículos publicados se distribuyen bajo una Creative Commons Reconocimiento al autor-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY NC SA 4.0 Internacional) basada en una obra en <http://www.revistas.una.ac.cr/ambientales>, lo que implica la posibilidad de que los lectores puedan de forma gratuita descargar, almacenar, copiar y distribuir la versión final aprobada y publicada (*post print*) del artículo, siempre y cuando se realice sin fines comerciales y se mencione la fuente y autoría de la obra.

EL BIOLOGISMO: ¿CIENCIA AMBIENTAL O MORAL ECOLOGICA SUSTITUTA?

(Recepción del artículo-1 junio 1992)

Rodia Romero Sepúlveda¹

"... si algo es, pero no es, debe ser"

Pablo Gutman

RESUMEN

En este ensayo se reconocen las aportaciones que el reduccionismo biologista ha hecho al estudio de la problemática ambiental, pero se cuestiona su capacidad para dar cuenta de la totalidad de esa problemática. Es más, se sostiene que la moral malthusiana de que hace gala esta corriente de pensamiento, lejos de apuntalar sus pretensiones paradigmáticas, constituye la mejor prueba de su debilidad y limitaciones.

INTRODUCCION

El biologismo -o reduccionismo¹ biologista- es la tendencia a ampliar la vigencia de las leyes y el aparato conceptual de la biología a toda la realidad, incluida la social. Una de sus manifestaciones más conspicuas es el **conservacionismo** radical e intransigente que floreció en los años sesenta y setenta.

Aunque en cierto sentido el biologismo es una prolongación del darwinismo social decimonónico, al que lo une su herencia malthusiana, sería erróneo identificarlo mecánicamente con tal doctrina.

A diferencia del darwinismo social, el biologismo se apoya en tres factores que no estaban presentes durante el siglo XIX. En primer lugar, en el caos epistemológico y la **crisis de paradigmas científicos** que acompaña la irrupción de la problemática ambiental en la década de los años sesenta.

En segundo lugar, en el extraordinario desarrollo experimentado en el presente siglo por la ecología, y en el carácter paradigmático que, por esa razón, se terminó atribuyendo a uno de sus conceptos centrales: el concepto de **ecosistema**.

En tercer lugar, en la apropiación por parte de la ecología de conceptos y métodos elaborados por la **Teoría General de Sistemas**. Esta última circunstancia, junto con permitirle ensayar predicciones sobre la relación sociedad-naturaleza a escala planetaria, lleva el biologismo a pronosticar la no viabilidad del desarrollo capitalista en el largo plazo.

¹ Escuela de Ciencias Ambientales, Universidad Nacional.

En síntesis, la pretensión del biologismo de explicar la relación sociedad-naturaleza a partir de un principio único descansa sobre una base heterogénea, en la que se mezclan piezas de poderoso conocimiento científico del siglo XX con elementos reciclados de una ideología social del siglo anterior, mismos que podemos designar con el nombre genérico de **neomalthusianismo**.

El biologismo es, pues, la ideología de apoyo del conservacionismo extremo, entendiéndolo por tal aquel que, en materia de recursos naturales, predica la abstención del uso y, por lo mismo, se opone a cualquier concepción de desarrollo actual.

DOS PARADOJAS DEL BIOLOGISMO

El análisis del biologismo no está exento de sorpresas y paradojas. Quizás la primera de ellas sea la constatación de que comparte parcialmente su base ideológica con un reduccionismo de signo opuesto: el **economicismo**. Así, el darwinismo social no sólo no es un rasgo distintivo del biologismo, sino que es una herencia que comparte con sus más enconados adversarios: los partidarios del **crecimiento ilimitado**.

A este respecto, J. Ferrater (1971) nos recuerda: "La aplicación consecuente de los principios darwinianos al mundo moral, social e histórico fue uno de los principales elementos del predominio del evolucionismo en la segunda mitad del siglo XIX. De este modo el darwinismo penetró en la filosofía, en donde se alió materialmente con el positivismo imperante y con el evolucionismo naturalista, entendido a la vez como un proceso y como un **progreso**, es decir, implicando en la noción mecánica de evolución la noción, completamente distinta del **valor**².

De esa manera, pues, un siglo antes de que los biólogos exhumaran el discurso darwiniano para oponerse a las concepciones desarrollistas y justificar su llamado al "**crecimiento cero**", el mismo había sido utilizado para edificar la noción de **progreso lineal**, fundamento ideológico obligado de la concepción de **crecimiento ilimitado** y de toda forma de desarrollismo actual. Demás está decir que la constatación anterior constituye una buena ilustración del carácter oracular del darwinismo social.

La segunda paradoja está aún más directamente ligada con el biologismo: es específica e intrínseca a él. Puede enunciarse así: "El equilibrio energético se halla para (los biólogos) en los controles naturales que el ecosistema impone al crecimiento de las diferentes poblaciones. Pero la dinámica ecológica ha sido incapaz de frenar el crecimiento demográfico humano. Entonces ello debe conseguirse por un acto de moral (control de la natalidad), o una catástrofe social, hechos ambos incompatibles con el reduccionismo biólogo que prescinde de historia y cultura al equiparar el comportamiento de la población humana al del resto de las poblaciones bióticas" (Gutman, 1986).

² Los subrayados son del autor.

De ese modo, el fantasma de Malthus, expulsado en el siglo XIX por la puerta, regresa en la década de los sesenta por la ventana. El contenido neomalthusiano de esta segunda paradoja se hace aún más evidente si, parafraseando al mismo Gutman, la expresamos de esta otra forma: "si la población humana es una población animal, pero no es una población animal, debe ser una población animal".

LA EXPORTACION DE LA CUESTION AMBIENTAL: DEL MUNDO DEL SER AL MUNDO DEL VALER

La crisis ambiental, entendida como la exacerbación a escala planetaria del antagonismo entre sociedad y naturaleza, posee el raro privilegio de introducir el caos en la realidad y, al mismo tiempo, en las ciencias forjadas para dar cuenta de esa realidad. La búsqueda de la estrategia óptima de la interacción sociedad-naturaleza - advierte Leptev- (1977) es un serio problema metodológico, cuyas posibles soluciones atañen los principios fundamentales de organización del conocimiento y de la práctica material.

La crisis es, pues, una crisis por partida doble: ontológica y, simultáneamente, epistemológica. Este carácter dual permite establecer cierta analogía entre la problemática ambiental de hoy y la crisis económica de 1929. Sin embargo, a diferencia de esta última, la actual crisis ambiental no ha logrado producir su "Lord Keyne", o sea, ha sido incapaz de generar un nuevo paradigma científico en reemplazo de aquel que la crisis hizo estallar. Es cierto que durante algún tiempo - tal como lo analizaremos más adelante- los partidarios del reduccionismo biólogo creyeron encontrar en el concepto de ecosistema y en el desarrollo de la ciencia ecológica el equivalente metafórico del "Estado Benefactor" y de la teoría Keynesiana misma, pero esta creencia resultó efímera.

Un resultado inmediato de este fracaso epistemológico ha sido la exportación subrepticia de la problemática ambiental desde el "mundo del ser" al "mundo del valer". A los ojos de los biólogos, el prodigioso avance experimentado por las fuerzas productivas de que dispone la humanidad -en una palabra, el desarrollo económico- parecen no valer nada, y, en cambio, la conservación de la naturaleza parece representar para ellos un valor máximo y hasta único.

Así, la consigna de "crecimiento cero", lanzada por científicos y empresarios nucleados alrededor del Club de Roma -a comienzos de la década de los sesenta-, implica no sólo el congelamiento de la población y de toda actividad productiva, sino también la exportación de la problemática ambiental del campo científico al campo moral. Pero se trata -es necesario decirlo- de una moral profundamente antihumanista.

Curry Lindahl (1974) -uno de los representantes más recalcitrantes de la corriente biólogo- llegó incluso a afirmar que antes de que apareciera el hombre sobre la Tierra todo funcionaba bien, pero que a partir del momento en que éste surge se rompe el equilibrio natural y se instala el caos en la biosfera. Todo esto lo lleva a concluir que "el hombre es una enfermedad de la naturaleza".

Curiosamente, sin embargo, la tesis del "**crecimiento ilimitado**", consubstancial con el desarrollo del modo de producción capitalista, aunque diametralmente opuesta a la anterior por sus objetivos, descansa sobre la misma estrategia; o sea, la exportación del problema del mundo del ser al del valer. La diferencia radica en que los partidarios de esta última tesis, lejos de considerar al hombre como una desvalorizante patología natural, sostienen que la naturaleza librada a si misma no vale nada y que es el hombre el que la valoriza.

La **moral antihumanista** que permea el discurso biologista es, pues, una reacción contra el **humanismo antinaturalista** de los partidarios del crecimiento ilimitado o desarrollistas. Tal vez la mejor formulación filosófica de tal clase de humanismo se la debemos a Schiller cuando afirma: "El mundo es esencialmente...lo que lo hacemos. Es infructuoso definirlo por lo que fue originariamente o por lo que es aparte de nosotros" (James, 1967).

La crisis ambiental provocó, por lo mismo, profundas brechas en los edificios conceptuales de las distintas ciencias, pero muy especialmente en la economía neoclásica y en sus ideologías de apoyo. La forma cualitativamente distinta que en este siglo adquieren los procesos de interacción sociedad-naturaleza hacen que entren en abierta colisión con algunos de los principios mejor asentados de esa teoría. No es extraño entonces que aumenten y se multipliquen las disonancias entre las repuestas elaboradas por la ciencia económica y el modo de darse de ciertos hechos y fenómenos en la realidad. Así, la noción de **valor**, que es central en la teoría económica, y que sirve para legitimar la división dicotómica que los economistas hacen de la biosfera en bienes económicos y no económicos (o, lo que es lo mismo, en bienes valiosos y despreciables), resulta severamente cuestionada, por ejemplo, por la contaminación atmosférica, puesto que este fenómeno obliga a valorizar un bien al que tradicionalmente se había clasificado como no económico o "despreciable": el aire.

Por otra parte, la probabilidad o, al menos, la posibilidad de que en el largo plazo sobreviniera una ecocatástrofe, desautorizó la **racionalidad cortoplazista** propia de la economía neoclásica y puso a los economistas en la disyuntiva de ampliar su horizonte temporal -lo que implicaba renegar del paradigma científico sobre el cual estaba construída su disciplina- o sentarse a contemplar como los porfiados hechos desmentían algunos de sus más caros supuestos.

Los biólogos, sólidamente atrincherados en una ciencia de carácter integral u holístico: la ecología, intentaron aprovechar la perplejidad que entre los economistas -y demás representantes de las ciencias sociales- hizo surgir la crisis ambiental para subordinar al conjunto de las ciencias sociales a la ciencia ecológica. Con ese propósito sometieron a una crítica despiadada los conceptos y principios centrales de la teoría económica y extendieron el cuestionamiento a sus ideologías de apoyo.

Tal crítica les permitió elaborar un conjunto de valores, a partir de los cuales procuraron fundamentar una nueva **moral ecológica**. Entre esos valores se puede citar, por ejemplo, el respeto a la biodiversidad y la solidaridad diacrónica entre

generaciones. Sin embargo, con el correr del tiempo se ha hecho patente que los principios éticos que ellos creyeron extraer de la nueva realidad ambiental no son más que una lectura al espejo -o sea, una imagen invertida- del discurso economicista que ellos se propusieron desbaratar. En otras palabras, no lograron superar el reduccionismo que viciaba el pensamiento de los economicistas. De ese modo, el

reduccionismo de éstos sólo fue suplantado por un nuevo reduccionismo: el de los biólogos.

EL DESARROLLO DE LA ECOLOGÍA: EL CONCEPTO DE ECOSISTEMA

El desarrollo de la ecología, a la que algunos autores definen como "la ciencia que estudia las interrelaciones entre los biosistemas y sus ambientes" (Gallopín, 1986), cubre más de un siglo. Durante ese lapso ha logrado incorporar elementos de muchas otras ciencias: primero, de la botánica, zoología, climatología, edafología, geografía física; luego de la bioquímica, microbiología, matemáticas, ciencias de la computación y análisis de sistemas y, finalmente, de la sociología, economía, geografía humana y psicología.

Esta vocación interdisciplinaria de la ecología es, al mismo tiempo, efecto y causa de sus afanes "imperialistas". Tal tendencia ha estado siempre presente a lo largo de la historia de la disciplina, pero se ha incrementado durante la últimas décadas, especialmente en lo que respecta a su expansión hacia campos que anteriormente estaban reservados exclusivamente a las ciencias sociales.

Así, mientras en 1869, E. Haeckel, (según Gallopín, 1986) su fundador, empleaba tímidamente la expresión metafórica de "economía de la naturaleza" para referirse a ella, hoy E. Odum (según Gallopín, 1986), uno de los ecólogos más conocidos, la define sin ambages como "el estudio de la totalidad del hombre y el ambiente". Pareciera, entonces, que nos enfrentamos a una inversión de la jerarquía de las ciencias; en el siglo pasado la nascente ecología procuraba legitimarse asociándose psicológicamente con una ciencia madura: la economía. Hoy, en cambio, la economía -y con ella las demás ciencias sociales- parecen compelidas a vincularse epistemológicamente a la ecología para así rescatar algo de su legitimidad inicial.

La cita de Odum también parece sugerir que la ecología ha logrado en el siglo XX avances significativos en la tarea de integrar al hombre en la naturaleza. O -para expresarlo en el lenguaje de F. Engels (1961)-, pareciera que el desarrollo de la ecología ha logrado que los hombres no solamente se *sientan*, sino que se *sepan* parte integrante de la naturaleza.

¿Pero ha logrado realmente la ecología realizar tal hazaña epistemológica? ¿Ha logrado acaso descubrir la estrategia óptima de interacción entre sociedad y naturaleza que le permita -como parece desprenderse de la definición de Odum- disolver lo ecológico en lo ambiental? En suma: ¿es cierto que la ecología ha conseguido integrar en un mismo y único discurso lo natural y lo social?

Dos indicios nos mueven a ser escépticos a este respecto. El primero de ellos es la constatación que otro ecólogo tan destacado como Odum, R. Margalef (1974),

define a la ecología simplemente como "biología de los ecosistemas". El segundo es la comprobación de que el propio Odum (1971) es autor de una definición anterior mucho menos tajante; en ella se define formalmente a esta ciencia como "el estudio de la estructura y función de la naturaleza", aunque por aparte se señala que se considera al hombre como un componente de la naturaleza.

Ahora bien, ¿qué ocurrió entre 1971 - fecha de la primera definición de Odum- y 1985 -fecha de la segunda- que pueda justificar el carácter expansionista y categórico de esta última. A este respecto sólo se nos ocurre pensar en el impacto psicológico que tuvo la publicación del Informe del Club de Roma sobre "Los límites del Crecimiento", en 1972.

La afirmación anterior no significa -lo recalcamos- desconocer los enormes avances conseguidos por esta ciencia. Es evidente que la ecología, sin renunciar al "estudio de las complejas interrelaciones a las que Darwin se refirió como las condiciones de la lucha por la vida" (Haeckel, en Gallopín, 1986), han ido cambiando para adaptarse a las modificaciones sufridas por las percepciones de los problemas sociales y naturales, y los vínculos recíprocos entre ellos.

Las circunstancias recién descritas hicieron posible que la ecología resistiera mejor que las ciencias analíticas la crisis epistemológica que acompañó la irrupción de la problemática ambiental, hasta el punto de ser considerada -durante un tiempo al menos- como una respuesta a ella. Con todo, en ningún momento -ni siquiera en sus más generosas manifestaciones holísticas e interdisciplinarias- la ecología ha abandonado su sesgo biologista.

La popularidad de la ecología y la ausencia de resistencias a su expansionismo, serían difíciles de entender si no se hace alusión al concepto de **ecosistema**. Creado para explicar las múltiples interacciones entre los componentes vivos que pueblan un área determinada y los correspondientes componentes abióticos, este concepto terminó por prestar al biologismo un doble servicio. Por una parte, ayudó a incrementar el rango teórico de la ecología al nuclear en torno suyo a una parte importante de los restantes conceptos que integran esta disciplina, impregnándola así de un carácter totalizante u holista. Y, por otra, en consonancia con lo anterior, favoreció la exportación del correspondiente aparato conceptual y metodológico hacia las ciencias humanas.

Quizás uno de los principales atractivos de este concepto sea su evidente compatibilidad con la hipótesis ontológica -apoyada por la ciencia moderna- de que la realidad no constituye un bloque monolítico, sino que está compuesta por una pluralidad de niveles: físico, biológico, psicológico y sociocultural, caracterizado cada uno de ellos por un conjunto de propiedades y leyes propias, pero sin que esto signifique que sean independientes entre sí. El concepto de ecosistema se apoya en las leyes de la termodinámica, en conceptos biológicos como cadena alimenticia, red alimentaria y pirámide ecológica, en la percepción que cada cultura tiene de su ambiente y en la racionalidad económica que anima al sistema correspondiente.

Además, el concepto de ecosistema es totalmente congruente con un segundo principio ontológico -relacionado con el anterior- que afirma explícitamente que los

niveles superiores -o sea, los últimos- no son autónomos, sino que dependen en cuanto a su existencia de la subsistencia de los niveles inferiores. En otras palabras, la existencia del hombre es inconcebible sin la existencia de los elementos de la naturaleza a partir de los cuales evolucionó.

Así, pues, el hecho de que el concepto de ecosistema sea la mejor ilustración -la más intuitivamente comprensible- de las dos hipótesis ontológicas recién reseñadas, ha contribuido a otorgar a este concepto -según los biólogos- un carácter paradigmático, mismo que sirve para justificar, por ejemplo, la interpretación ecoenergética que E.T. Odum hace de la biosfera y del hombre, misma que lo lleva a postular la existencia de bases energéticas de la economía, la política y la religión.

Los científicos sociales, en cambio, sin negar estos encadenamientos ascendentes de niveles, prefieren enfatizar la reacción que el nivel sociocultural ejerce sobre los niveles inmediatamente inferiores a él: de esa manera, reconocen por ejemplo la influencia de la religión en las costumbres de alimentación y la reacción de tales costumbres sobre la producción de alimentos.

BIOLOGISMO Y TEORIA GENERAL DE SISTEMAS: LA ECOCATASTROGE

La irrupción en el presente siglo de la Teoría General de Sistemas, cuyo objetivo es la comprensión y predicción del comportamiento de sistemas complejos, tuvo una influencia decisiva sobre el desarrollo de la ciencias ecológica: a partir de la década de los cincuenta le permitió avanzar hacia una comprensión causal más acabada de la dinámica de los sistemas ecológicos. Pero, más tarde, también el biologismo terminó usufructuando de esta teoría.

Hacia 1970, estimulados por la percepción generalizada de la mundialización de los problemas ambientales, un influyente grupo de biólogos, organizado alrededor del Club de Roma, se propuso la tarea de reconstruir hipotéticamente lo que sucedería si los ritmos actuales de crecimiento se mantuvieran sin variación en los próximos decenios; esto es, si el crecimiento de la población, de la producción agrícola e industrial -y sus mutuas interacciones- conservaran el carácter exponencial que hasta ese momento llevaban. Con ese propósito encargaron al Instituto Tecnológico de Massachussets -al mismo equipo de expertos en Teoría General de Sistema que había ayudado a poner el primer hombre en la Luna- la realización de una simulación computarizada.

Los resultados de esta experiencia fueron interpretados y resumidos en un libro titulado "Los Límites del Crecimiento". La tesis central de esta obra puede enunciarse así: dada la finitud del planeta, expresada en tierras de cultivo limitadas, recursos no renovables próximos al agotamiento y contaminación ambiental acercándose a niveles incompatibles con la existencia de la vida, es necesario frenar el crecimiento superexponencial de la población y de la producción industrial y agrícola so pena de que sobrevenga el colapso: una **ecocatástrofe**.

Tales conclusiones resultaron traumáticas, pues dejaban sin sostén sueños de justicia distributiva entre naciones y, al interior de éstas, entre clases sociales, que durante decenios -y con singular éxito- habían fomentado las ideologías del desarrollo.

El mensaje del Club de Roma sobre este particular era claro: si las naciones actualmente subdesarrolladas alcanzaran los niveles de crecimiento de las desarrolladas, el sistema estalla; si las clases sociales subalternas accedieran a los niveles de consumo y de vida que actualmente ostentan las clases dominantes, el sistema colapsa. En conclusión, o se adopta inmediatamente la tesis del "crecimiento cero" o la humanidad, como en una tragedia griega, marcha inexorablemente hacia su fin.

Y aunque predecir el fin del mundo no era ni es de ninguna manera una acción inédita en la historia de la humanidad, lo nuevo esta vez fue que tal predicción se hacía en nombre de la ciencia. De ese modo, mientras Curry-Lindahl y otros pioneros del reduccionismo biologista- habían cimentado su biologismo sobre una imagen idealizada del pasado, los miembros del Club de Roma basaron el suyo en una imagen adelantada -y aparentemente rigurosa- del futuro.

BIOLOGISMO versus ECONOMICISMO

Las ideologías desarrollistas habían manipulado en su beneficio lo que Ortega y Gasset llamó el carácter "programático" de la existencia humana, o sea, la idea de que lo verdaderamente relevante no es la acción ejecutada aquí y ahora, sino el propósito de tal acción. Una y otra vez los ideólogos del desarrollo habían proclamado que no importaba cuan extenuantes pudieran ser los esfuerzos que en el presente se veían obligados a desplegar las naciones y las clases pobres, comparados con el propósito perseguido: el bienestar colectivo futuro. Pero obviamente tales expectativas reciben un rudo golpe cuando el Club de Roma, después de hacer transparente el futuro, proclama que éste está tan vacío de la felicidad prometida como la Luna de vida.

Los partidarios del crecimiento ilimitado, entre ellos economistas tan prestigiosos como P. Samuelson, W. Nordhaus, L. Ross y P. Passell, luego de un primer momento de perplejidad, reaccionan y contratacan. A juicio de esos economistas, tres son los errores básicos del Club de Roma. Primero, suponer que a medida que aumenta el ingreso per cápita aumenta la tasa de crecimiento de la población. Segundo, suponer que la tecnología se mantendrá invariable en materia de recursis naturales y descontaminación. Tercero, suponer que la sociedad humana carece de conducta adaptativa, ignorando el papel regulador que juega el sistema de precios sobre el uso de los recursos.

Las premisas malthusianas sobre las que se funda el modelo -agregan esos críticos- contienen ya la conclusión: el colapso mundial. Por consiguiente, el uso intensivo que se hace de las computadoras resulta superfluo y sólo se justifica como un recurso publicitario. El informe del Club de Roma carece pues -según los economistas citados-, de rigurosidad científica: sus planteamientos no guardan correspondencia con la evidencia empírica disponible hasta ahora ni aportan hechos nuevos que permitan sustentarlos.

Con el correr del tiempo, sin embargo, el gremio de los economistas ha ido suavizando las diferencias abismales que en la década de los setenta los separaban de las tesis biologists. Esto es particularmente perceptible en dos aspectos. Uno

es la aceptación explícita de la problemática ambiental como objeto de conocimiento y acción de su disciplina. El otro es la aceptación tácita del control de la población.

En el primer caso, la incorporación de la temática ambiental se hace -y en ello reside su carácter paradójico- a partir del marco conceptual que esa misma temática había arrollado en la década de los setenta. El procedimiento y los argumentos utilizados con ese propósito son sencillos. Primero se recuerda que la teoría económica, utilizando como criterio clasificatorio la asignación de precio, distingue en la biosfera dos tipos de bienes: bienes económicos y no económicos. Luego se constata que el ambiente natural, por no tener precio, debe ser clasificado en la segunda categoría de bienes. A continuación se formula la hipótesis de que el problema de su mal uso radica en que no es un bien económico. Por tanto, se concluye que debe asignarse precio al ambiente natural.

En otras palabras -tal como lo denuncia Gutman (1986)-, la teoría económica neoclásica reconoce que el ambiente natural no tiene precio de mercado, pero...! idebería tenerlo! Por consiguiente, parece legítimo afirmar que las recientes aproximaciones de la teoría económica a la problemática ambiental no significan una superación del reduccionismo biologista, sino la acentuación de un reduccionismo de sello propio: el **economocismo**.

IMPLICACIONES ETICAS Y POLITICAS DEL BIOLOGISMO DEL CLUB DE ROMA

El impacto psicológico que el Informe del Club de Roma provocó en la opinión pública mundial se debió, en gran parte, a que fue presentado como una predicción científica. Por lo mismo, en él se excluyen sistemáticamente los elementos extracientíficos, no cuantificables, a la vez que se evita emitir abiertamente juicios de valor. Sin embargo, un buen indicador de las orientaciones que en el terreno ético animan a esta organización, lo constituye la admiración que algunos de sus más connotados miembros manifiestan por las ideas de B. F. Skinner (Oltmans, 1975), psicólogo conductista norteamericano, autor de unos novedosos experimentos conductuales, quien, en su obra "Beyond Feedim and Dignity", sostiene que la libertad y la dignidad del hombre son simples mitos.

Por lo demás, la admiración parece ser mutua, pues Skinner se confiesa, a su vez, partidario del Club de Roma y sólo le reprocha el haber omitido la tecnología de la conducta dentro del modelo. Claro está, que aún sin el complemento de la ingeniería conductual de Skinner, tal modelo tiende a llevar a sus constructores y partidarios a posiciones que se apartan de los valores democráticos. Ello permite afirmar al ecólogo radical G. Commoner que sí, con fundamento en ese estudio, se llega a la conclusión de que la única manera de resolver la crisis ambiental es reducir la población y el consumo, se está muy próximo a dar el paso siguiente: afirmar la necesidad de un regimen autoritario. De esa manera se deja abierto el concepto ecológico a un uso fascista (Romero, 1981).

Ahora bien, ¿sobre qué bases elaborar un juicio propio sobre un modelo como éste, que aparte de controvertido, tiene la particularidad de mezclar piezas de conocimiento explícitas con un cuadro de valores tácitos? O para ser más precisos,

¿cómo juzgar un discurso que se autodefine como puramente científico, pero que tiene un profundo trasfondo ético?

Como no existe la piedra filosofal que nos permita transmutar sin más valores intelectuales, como verdadero/falso, en valores morales, como justo/ injusto, recurriremos a una indicación gruesa, simple y hasta casual -pero de ninguna manera infértil desde el punto de vista heurístico- del filósofo F. Romero (1961). La cita es esta:

"Obramos éticamente, acatamos y realizamos el valor ético, cuando, por ejemplo, nos decidimos por la verdad y la justicia contra lo que la contradice".

Preguntémonos, pues, cuánta verdad y cuánta justicia contienen las conclusiones del Club de Roma. Y aunque las respuestas a tales interrogantes están condicionadas por lo que entendamos por verdad y por justicia, a la luz de lo ya expuesto, resulta forzoso admitir que contienen muy poco de ambas, y esto se debe a la inadecuación con la realidad de unos supuestos centrales: la de la **homogeneidad del mundo**.

A este respecto debe hacerse notar que es cierto que habitamos un mundo único y finito, pero que es falso que tal mundo sea homogéneo. Así, por ejemplo, el énfasis que se pone en el modelo en la mutua interacción entre el crecimiento demográfico y de la producción resulta invalidado si se presta la debida atención a la geografía de la problemática ambiental. En efecto, allí donde crece la población no crece la producción y viceversa. Los problemas ambientales no son los mismos en los países centrales que en los países periféricos. Tampoco se puede equiparar los problemas de las clases dominantes con los de las clases subalternas. En un caso se trata de consumismo extremo; en el otro, de déficit de consumo.

Y en lo atinente a la justicia, el modelo del Club de Roma peca por partida doble. Primero, por su proclividad a introducir la desigualdad en dos ámbitos en los que, por regla general, se admite la igualdad entre los seres humanos: la dignidad y la libertad. Segundo, porque el crecimiento cero implica de hecho tratar de igual manera a personas y sociedades objetivamente desiguales. A partir de tal procedimiento, lo único que se puede conseguir es la perpetuación del status quo: los ricos seguirían siendo ricos y los pobres, pobres; con el agravante que estos últimos ni siquiera podrían satisfacer sus necesidades básicas.

Por otra parte, el crecimiento cero implica un profundo cuestionamiento del sistema estatal vigente. Y esto es así porque si se interrumpe el crecimiento cada Estado sólo podría aumentar su base de poder y riquezas a expensas de otros Estados. En otras palabras, si la función de las concepciones de crecimiento ilimitado ha sido -y es- sostener el punto de vista de que el sistema estatal no implica la guerra de unas naciones contra otras, sino la posibilidad del desarrollo simultáneo de todas ellas, su negación trae consigo una profunda crítica al sistema de Estados y, por añadidura, un llamado a reorganizar la sociedad internacional sobre nuevas bases.

Ahora bien, ¿qué bases serían esas! ¿Tal vez una dictadura benévola (una "dictablanda") encabezada por miembros de una nueva élite? ¿Quizás un organismo supranacional como las Naciones Unidas? O, mejor aún: ¿Un totalitarismo voluntario construido sobre bases skinnerianas? (Oltmans, 1975).

En síntesis, al negar la posibilidad del crecimiento ilimitado, el Club de Roma priva de un elemento importante al soporte ideológico en que actualmente se apoyan las relaciones entre Estados y entre clases sociales.

A MODO DE CONCLUSION

A modo de conclusión intentaremos una respuesta para la pregunta que sirve de título a este ensayo.

El biologismo ni puede ser ensalzado unilateralmente como ciencia ni condenado simplemente como manifestación de valores antojadizos. El discurso biologista es, en verdad, una mezcla compleja de ambos tipos de elementos.

En tanto ciencia, su núcleo sólido lo constituye la ecología. Tan cierto es esto que el progreso del conocimiento, en lo que respecta a la especificidad de los actuales procesos de interacción sociedad-naturaleza, es impensable sin el concurso de la ciencia ecológica, pero -al mismo tiempo- es imposible si el esfuerzo congnotitivo se apoya exclusivamente en ella.

La ecología es, pues, una condición necesaria, pero no suficiente para dar cuenta de la actual problemática ambiental. Es más fácil -como nos lo recuerda Gallopín (1986)- declarar que la ecología incluye al hombre que demostrar que lo incluye efectivamente. Y esto es así porque el ser humano es, al mismo tiempo, el problema último de la biología y el factor inicial de las ciencias humanas.

Las pretensiones holistas de la ecología la han llevado a olvidar tales fronteras. Como resultado de ello, en la misma medida que la ecología ha ido ampliando su objeto de estudio se han multiplicado las disonancias entre su marco conceptual y el modo de darse de ciertos hechos y fenómenos ambientales.

Todo esto llevó a los ecólogos a exportar la cuestión ambiental del "mundo ser" al "mundo del valer", lo que significó, por una parte, romper con la rígida separación que la ciencia moderna había establecido entre conocimientos y valores y, por otra, convertir categorías biológicas en objetivos morales.

En el primer caso, se trata de un intento deliberado de abordar la cuestión ambiental a partir de una moral apoyada en principios trascendentes, a los que las concepciones de progreso y desarrollo indefinido habían renunciado. En el segundo, de una moral instrumental de corto aliento que se tradujo en la práctica en el diseño de una ingeniería demográfica.

Esta última moral fue la que se impuso dentro del biologismo. Ella contribuyó al descrédito del conservacionismo extremo. La expresión "moral ecológicas sustituta" la reservamos para ella.

BIBLIOGRAFIA

- Bunge, M. 1979. "La investigación Científica. Su Método y su Filosofía". Ariel. Barcelona. 955 pp.
- Curry-Lindahl, K. 1974. "Conservar para Sobrevivir: una Estrategia Ecológica". Ed. Diana. México.
- Engels, F. 1961. "Dialéctica de la Naturaleza". Ed. Grijalbo. México. 348 pp.
- Ferrater, J. 1971. "Diccionario de Filosofía". Ed. Sudamericana. Buenos Aires. Tomo I.
- Gallopin, G. 1986. "Ecología y Ambiente". En: E. Leff (comp.). Los Problemas del Conocimiento y la Perspectiva Ambiental del Desarrollo. Siglo XXI. México. pp.126-172.
- Gutman, P. 1986. "Economía y Ambiente". En: E. Leff (comp.) Op. cit. pp. 173-202.
- James, W. 1967. "Pragmatismo". Ed. Aguilar. Buenos Aires. 250 pp.
- Leptev, I. 1977. "Lo Consciente y lo Espontáneo en la Interacción Sociedad-Naturaleza". En: Academia de Ciencias de la URSS. "Ciencias Sociales", Núm. 3. pp. 180-192.
- Margalef, R. et al. 1974. "Ecología". Omega. Barcelona.
- Meadows, D. et al. 1972. "Los Límites del Crecimiento". Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- Odum, E. P. 1971. "Fundamentals Ecology". W. B. Saunders. Philadelphia. 574 pp.
- Oltmans, W. 1975. "Debate sobre el crecimiento". Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- Ortega y Gasset, J. 1961. "Introducción a una Estimativa". En: Obras Completas. Revista Occidente. Tomo VI. Madrid.
- Romero, F. 1961. "Filosofía de la Persona". Ed. Losada. Buenos Aires.
- Romero, R. 1981. "Debate sobre el Crecimiento". En: EDECA, Ciencias Ambientales, Núm. 1. (EUNA). pp. 95-99. Heredia.